

## CAPÍTULO I

### LA EDAD TEMPRANA

Juan Álvarez, pilar del liberalismo mexicano, nació el 27 de enero de 1790, en el barrio de la Tachuela en el antiguo pueblo de Santa María de la Concepción Atoyac, después Ciudad Álvarez, en el actual y moderno Estado de Guerrero. Sus padres, don Antonio Álvarez, oriundo de la vieja y famosa ciudad de Santiago de Compostela en Galicia, y de doña Rafaela Hurtado, del romántico puerto de Acapulco.<sup>1</sup>

Antonio Álvarez, con laboriosidad gallega, hizo una considerable fortuna para cuando su hijo Juan vino al mundo. Sería lo que heredaría al niño. No obstante, deseaba algo más para su hijo. Algo que se le negaría a la mayor parte de los niños nativos de la costa: la educación.<sup>2</sup> Por ello, a la edad de seis años, Juan fue enviado a la ciudad de México al lado de don Ignacio Avilés con quien pasaría cuatro años consecutivos, estudiando la primaria; tres antes de la muerte de su madre, en mayo de 1799, y uno inmediatamente después. Afable por naturaleza, una de las características que sellaría su vida entera, el joven Álvarez aprendió temprano a querer a su tutor y más tarde, después de la guerra de independencia, enviaría a su propio hijo Diego, al cuidado de su viejo maestro.<sup>3</sup>

De regreso a su querido sur, trabajó al lado de su padre hasta su muerte en febrero de 1807. Dejó a Juan lo que para aquellos tiempos y lugares era una considerable fortuna: 30,000 pesos en efectivo, las joyas de familia, tierras y una casa. Las perspectivas eran halagüeñas para el

---

1 José Luis Rojas, *El general don Juan Álvarez*, San Francisco, California, 1867.

2 José María Lafragua, *El general don Vicente Guerrero*, México, 1874, t. IV, p. 298; Lucas Alamán, *Historia de México*, México, 1849, t. I, p. 8.

3 José María Pérez y Hernández, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico, biográfico de industria y de comercio de la República mexicana*, México, 1874, t. I, p. 345.

fornido joven sureño, huérfano a los diecisiete, pero dueño por propio derecho de propiedades que asegurarían su independencia. Por sobre todas las cosas Juan Álvarez apreciaba la libertad. Por ambas ramas familiares la libertad se había engendrado a través de centurias, y en el sur era casi un fetiche. Más de un día había mirado con temor las enormes montañas que rodeaban su tierra natal como si fueran poderosos gigantes. Por encima de las cimas cubiertas de nubes, el águila imperial, desafiando a toda la creación, significaba para Álvarez la libertad por la que su alma gritaría libertad para hacer lo que quisiera, libertad de ser alguien, libertad para arrancar a su amada tierra de las garras del odiado *gachupín*.<sup>4</sup> Es cierto que su padre era español, pero él se sentía americano. Había descubierto que se le despreciaba por su provincialismo y origen. Como *mestizo*\* tuvo que soportar discriminaciones durante la época colonial y éstas durarían hasta después de la Guerra de Reforma a la mitad del siglo XIX. Un autor señala que esto se debía al hecho de que el mestizo no tenía el desahogo tradicional a sus actividades y que normalmente en él se manifestaban los vicios de las dos razas de su origen y de la sociedad que lo había relegado.

Era, generalmente, el hijo ilegítimo de padre español y de madre india. Se trataba, por tanto, de un paria de la sociedad, y este ostracismo lo situaba en una oposición tan degradante que se veía precisado a encontrar alivio en los placeres sensuales y su vida giraba, total o parcialmente, alrededor del juego y la ratería.<sup>5</sup>

Juan Álvarez estuvo muchas veces frente a las incansables olas que rompían en la blanca arena cerca de Petatlán, no muy lejos de su nativo Atoyac, viendo a los bronceados cuerpos fibrosos de los buscadores de perlas mientras desaparecían entre las azulverdes profundidades en

---

4 Así en el original, nota del traductor, *Ibid.*, p. 345.

\* Así en el original, nota del traductor.

5 T. Esquivel Obregón, "Factors in the Historical Evolution of Mexico", en *The Hispanic American Historical Review*, mayo, 1919, t. XI, p. 152.

busca de tesoros que algún día adornarían el traje de noche de una dama de sociedad. Consideraba con orgullo la bravía de aquellos hombres que no temían a los enormes tiburones que esperaban escondidos el menor descuido. Él conocía bien aquellos monstruos pues había despachado a uno de ellos de uno solo pero bien dado golpe. Año tras año aquellos buscadores regresaban a Petatlán a buscar las perlas o a atrapar las enormes tortugas que servirían para el respaldo de los espejos de una dama. Eran pobres, miserablemente pobres, pero libres. Había algo intrigante acerca de su nómada libertad. Llamaban la atención del joven Juan Álvarez.<sup>6</sup>

Los gachupines disfrutaban lo mejor de lo mejor en el país.<sup>7</sup> Al final del siglo todos los obispos eran originarios de la península. Funcionarios del gobierno y oficiales del ejército sin excepción se jactaban de la pureza de su sangre española. En 1808 eran únicamente 70,000 entre una población de 6,000,000 pero controlaban todas las fuentes de riqueza y prosperidad. Sin embargo, no puede afirmarse con verdad que los españoles no fueran un activo para el país. Muchos llegaron como pobres secretarios a trabajar en los establecimientos comerciales y por su trabajo y frugalidad habían logrado hacer fortuna. A menudo casaban con las hijas de sus patrones y se establecían para vivir en el país de su adopción. Eran la médula financiera de la Nueva España, pero eran odiados por su arrogancia. Sus propiedades excitaban la envidia de los criollos indolentes y confirmaban la convicción de los indios de que el hombre blanco sería por siempre el enemigo de los nativos.<sup>8</sup>

¿Por qué eran arrogantes? Mientras que algunos provenían de la nobleza española, también es cierto que la mayoría, antes de venir al

---

6 José Guadalupe Romero, *Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán*, México, 1862, p. 245.

7 El término "gachupín" viene de una palabra indígena que significa espuela y refiere a la persona que tenía la capacidad de poseer y de montar un caballo distinguiéndose del miembro del populacho que va a pie. (Nota del traductor).

8 Alamán, *Historia...*, *op. cit.*, p. 8.

nuevo mundo, eran tan pobres como el proverbial ratón de iglesia. ¿A qué se debe que desertores de los barcos, prófugos de la justicia y aventureros temerarios vivieran de la mejor manera sólo por tener acento castellano? ¿Por qué a estos recién llegados al país de la oportunidad se les permitía llenar sus *talegas*\* con el oro mexicano, extraído a precio de sangre de los pisoteados indios o de los infelices mestizos? Estas cuestiones confundían al joven Juan Álvarez. Algo estaba mal. ¿Por qué la vida social debía basarse en el principio de la desigualdad? ¿Por qué todo lo que ellos hacían estaba bien sólo porque venían de España? ¿Qué habían hecho los gachupines por su propio país adoptivo? Nunca hizo un estudio detallado de las necesidades de su gente; pero le bastaba con pensar en sí mismo. Los funcionarios del gobierno desde el virrey para abajo eran funcionarios venales en su intento de acumular fortunas y regresar a España, situando al México bárbaro para siempre fuera de su vista y de su mente. Álvarez reflexionaba en éstas y en otras cuestiones similares. Cavilaba sobre el hecho de que a él no le había correspondido definir los derechos de los indios puros, al menos teóricamente. La clase a la que pertenecía, la del mestizo, resultaba sospechosa para los españoles y los criollos, pues así como podía ejercer el liderazgo de los indios en contra de la supremacía de los peninsulares, al mismo tiempo los indios lo veían desconfiadamente como posible aliado de sus opresores.<sup>9</sup>

Todo esto hacía que la situación de los mestizos resultara intolerable, además de que tenían una “energía volcánica y explosiva muy diferente de la cautela y voluptuosidad de los criollos y de la pasividad del indio”, que los convertía en una verdadera amenaza para el sistema de la colonia durante trescientos años. Al final del siglo XVIII los dos millones de mestizos habían formado la clase revolucionaria

---

\* Así en el original.

9 Lillian Esther Fisher, *The Background of the Revolution for Mexican Independence*, Boston, 1934, pp. 17-33; Mary Wilhelmine Williams, *The People and Politics of Latin America*, Boston, 1955, pp. 228-233, 288.

que proporcionaría los líderes para cada batalla contra España. Ellos tenían todo que ganar con la revuelta y nada que perder y lucharían “hasta la muerte”.<sup>10</sup>

Con justicia para los españoles debe decirse que no todos ellos pasaron de largo por el triste predicamento de los indios en la Nueva España. El buen obispo de Michoacán, don Manuel Abad y Queipo, tan admirado y citado por el barón Humboldt, envió en 1799, un memorial al rey de España con el que revelaba las desfavorables condiciones de vida de los indios.

Quítese el odioso impuesto del tributo personal, cese la infamia de derecho con que han marcado unas leyes injustas a las gentes de color; decláreseles capaces de ocupar todos los empleos civiles que no piden un título especial de nobleza; distribúyanse los bienes concejiles; y que están *pro indiviso* entre los naturales; concédase una porción de las tierras realengas, que por lo común están sin cultivo, a los indios y a las castas; hágase para México una ley agraria semejante a la de Asturias y Galicia, según las cuales puede un pobre labrador, bajo ciertas condiciones, romper las tierras que los grandes propietarios tienen incultas de siglos atrás en daño a la industria nacional; concédase a los indios, a las castas, y a los blancos plena libertad para domiciliarse en los pueblos que ahora pertenecen exclusivamente a una de esas clases; señálense sueldos fijos a todos los jueces y a todos los magistrados de distrito: y he aquí Señor, seis puntos capitales de que depende la felicidad del pueblo mexicano.<sup>11</sup>

Álvarez estaba lastimosamente al tanto de algunos de los abusos mencionados por el obispo, pues a cada instante veía la miseria de los indios, quienes tenían que luchar a duras penas para llevar una pobre existencia sin pagar el impuesto de captación, que como la paja del proverbio era lo único que faltaba para quebrarles la espalda. Veía las tierras sin cultivar que pertenecían a las enormes haciendas, notaba cómo los nativos eran obligados a vivir en sus propios asentamientos

---

10 Henry Banford Parkes, *A History of Mexico*, Boston, 1950, p. 120.

11 Alexander von Humboldt, *Political Essay on the Kingdom of New Spain*, Londres, 1811, t. I, pp. 196-197.

sin provisiones adecuadas para su bienestar y fue testigo de cómo los límites de las tierras comunales fueron traspasados por los codiciosos hacendados. Él mismo sintió antes de convertirse en hombre los funestos resultados de un sistema en el que los funcionarios, ante una compensación inadecuada por su trabajo, se veían obligados a cubrir la diferencia mediante cualquier forma de extorsión. Por ello resolvió luchar contra tales injusticias hasta acabar con ellas. En efecto, una de las luchas principales de su vida, treinta años más tarde, sería la de finiquitar la vieja cuestión de la tierra en el sur; tarea en particular difícil por la inflexible resistencia de los intereses creados para los cuales el prestigio social se medía por la cantidad de tierra poseída.<sup>12</sup> Los esfuerzos sinceros de España por proteger a los indios dieron como resultado que el control quedara a cargo de los corregidores, quienes con frecuencia demostraron haber sido los peores defraudadores en lugar de los mejores defensores y la supervisión que ejercieron propició la atrofia del sentido de responsabilidad de los nativos y por ello obstaculizaron su desarrollo.<sup>13</sup>

Como se señaló, a partir de la muerte de su padre, Álvarez adquirió una fortuna considerable; aun cuando no tenía oportunidad de disfrutarla pues se dio cuenta de que estaba bajo la tutela del subdelegado de Acapulco, un hombre irascible por naturaleza, avaricioso, orgulloso y arrogante, sin otra razón para justificar su actitud que el hecho de tener una posición política menor y de ser gachupín. Eso era suficiente para hacerlo sentir que todo lo merecía y que todo estaba sujeto a sus caprichosos deseos. De esta manera, aprovechó la oportunidad como albacea y tutor del joven heredero para disponer del dinero y joyas de Álvarez mientras su pupilo cuidaba el ganado y le cultivaba el campo. No le daba a Juan comida adecuada, ni ropa, ni zapatos y cuando le venía en gana llamaba al joven exigiéndole la cuenta de lo producido y lo trataba peor que al más bajo de los sirvientes.

---

12 Fisher, *op. cit.*, pp. 34, 51, 52, 162, 163, 190 y 191.

13 Justo Sierra, *Historia general*, México, 1948, p. 454.

El joven Álvarez se dio cuenta a tiempo de que su tutor estaba sólo en espera de que cometiera un acto de rebeldía para demandarlo y quedarse con toda la herencia. En consecuencia, difícilmente sabía, consciente de la injusticia, de qué manera podía librarse de aquel mal nacido, quien por instinto y práctica resultaba ser un estafador.<sup>14</sup>

¿Qué designio había traído semejante tirano a su vida y a quién deberían buscar los indios y mestizos para alcanzar la protección que necesitaban? ¡Ay...! esta era la función del subdelegado. En 1786, se había implantado un plan para lograr eficiencia en el gobierno. El sistema de intendencias, idea francesa impulsada por Carlos III, quien murió el 14 de diciembre de 1788, no fue instituido oficialmente sino hasta que el virrey Revillagigedo tomó posesión de su cargo. Se establecieron doce intendencias y tres provincias y en ellas los subdelegados sustituyeron a los corregidores y a los alcaldes mayores en los gobiernos municipales, siendo un secreto a voces que los funcionarios sustituidos estaban involucrados en malversación de importantes cantidades de rentas reales. Los nuevos subdelegados a cargo de los partidos, término con el que se designaba a las divisiones de las nuevas intendencias, prestaban sus servicios en forma honorífica. Aquí están compendiadas las razones de los problemas de Juan Álvarez. Revillagigedo quería otorgar a los subdelegados un salario regular y acabar con sus atrocidades, sin embargo, esto significaba una fuga adicional al tesoro virreinal. Mejor sería entonces que los subdelegados encontraran su propio salario dentro de sus partidos. La administración de las propiedades heredadas por el joven Álvarez era una de las flores del jardín de los subdelegados.

El sistema de intendencias produjo algún bien; no obstante, los indios podían comerciar con mayor libertad y podían disfrutar por primera vez el beneficio de las leyes; el sistema era más simple; había menos burócratas y había más dinero en la tesorería. La sustitución del

---

14 Pérez y Hernández, *op. cit.*, t. I, p. 345.

subdelegado por el alcalde mayor no generó muchos beneficios y tal vez el remedio resultó peor que la enfermedad. A pesar de que los subdelegados recibían el cinco por ciento de los impuestos que recaudaban, no era suficiente. De esta manera defraudando al pobre e indefenso y llevando relaciones comerciales ilícitas prostituyeron el cargo.<sup>15</sup>

A partir de febrero de 1807, Álvarez se encontró tan atrapado en el sistema vicioso que lo rodeaba, que deseaba sacrificar todo lo que le pertenecía para escapar de la tiranía del subdelegado; tiranía que había alimentado en su alma tal odio al déspota que duraría mientras viviese.

En los últimos días de octubre de 1810, los rumores de una revuelta en contra del régimen español se filtraron en el sur y encontraron oídos abiertos. Juan Álvarez escuchaba con avidez los relatos y se percató que el éxito de un movimiento como tal, podía hacerlo escapar de las injusticias que sufría. Poco a poco la historia tomó forma y alimentó la esperanza de que México, al final, iba a arrojar el hierro de la opresión.<sup>16</sup>

El cura de parroquia, Miguel Hidalgo y Costilla, había lanzado su grito de independencia, apoyado por Juan Aldama, José María Abasolo, Ignacio Aldama, Ignacio Allende y otros eclesiásticos e influyentes criollos, funcionarios civiles y militares de la comunidad. El plan original era que el levantamiento debería darse el 29 de septiembre o el 2 de octubre, pero una "indiscreción y traición" precipitó el desenlace que ocurrió el domingo 16 de septiembre de 1810. En la misa de la mañana, que se convertiría en la asamblea de la libertad, informó a sus fieles del plan. Pronto se encontraba en San Miguel el Grande al frente de seiscientos hombres y llegó hasta Celaya a donde entró triunfal el día 21 de septiembre. El saqueo de la ciudad disgustó a Aldama y a Allende

---

15 Fisher, *op. cit.*, pp. 273-287; Herbert Ingram Priestley, *The Mexican Nation History*, Nueva York, 1923, pp. 188-189.

16 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 345; Rojas, *op. cit.*, p. 1.

quienes, como militares, querían que subsistiera el orden y que no se sucedieran incidentes que los enemistaran con la clase criolla a la que pertenecían. Sin embargo, los indios que siguieron el clarín de Hidalgo se habían convertido en una chusma incontrolable.<sup>17</sup>

Las hordas de Hidalgo presionaban sobre Guanajuato donde su viejo amigo, don Antonio de Riaño, cometió el error fatal de poner todos los huevos en una canasta: la Alhóndiga de Granaditas. Todos los defensores murieron en aquella terrible orgía de sangre. La muchedumbre no hizo distingos entre hombres, mujeres o niños que pensaron encontrarían refugio en el viejo granero. Consciente de su creciente poder, Hidalgo marchó hacia el sur y el 17 de octubre entró en Valladolid sin utilizar la fuerza. En Valladolid, a través de don José María Anzorena, a quien nombró intendente de Michoacán, Hidalgo proclamó la abolición de la esclavitud y del odiado tributo personal. Aquel día marca también la primera y última entrevista con el cura de Carácuaro, don José María Morelos y Pavón, a quien designó teniente del movimiento en la costa del sur.<sup>18</sup> La comunicación escrita de Hidalgo a Morelos confirma esta comisión.<sup>19</sup> Las órdenes verbales dadas a Morelos consistían en hacer acopio de armas; nombrar a los nuevos funcionarios de los territorios conquistados; capturar españoles y remitirlos a la intendencia más cercana para salvaguardarlos y en especial, la orden de convertirlo en el jefe del puerto y fortaleza de Acapulco. Hidalgo le aseguró, además, que su propósito era la absoluta independencia de México de España. Discutieron la forma de gobierno y la constitución que debería adoptarse. Por estos momentos las ideas

---

17 Alfonso Toro, *Compendio de historia de México*, México, 1937, pp. 64-77; Jesús Amaya, *El Padre Hidalgo y los suyos*, México, 1952, pp. 95-102.

18 Amaya, *op. cit.*, pp. 102-109.

19 "Por el presente comisiono en toda forma a mi lugarteniente, el Sr. don José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la Costa del Sur levante tropas procediendo con arreglo a las instrucciones verbales que le he comunicado", Alfonso Teja Zabre, *Morelos*, Buenos Aires, 1946, p. 35.

políticas estaban en embrión, aun cuando uno puede imaginar que, al menos en parte, Morelos recibió las bases para su Congreso Constituyente de esta breve conversación con Hidalgo.<sup>20</sup>

De regreso a la parroquia de Carácuaro, Morelos cambió en forma gradual de cura de pueblo a líder insurgente. Consultó a su guía espiritual don Mariano Escandón y Llera hablándole con franqueza sobre sus planes y deseos y fue aconsejado sobre los debidos arreglos para el cuidado de su parroquia en su ausencia. Esto lo logró al afianzar a un coadjutor que lo supliera y al mismo tiempo, con buen sentido de los negocios, reservando para sí la tercera parte de los emolumentos de su curato. Pero para el cura de Carácuaro no habría regreso. Con su cara de roca iría sobre sol y sombra, firme presionaría hasta la meta guiado por su conciencia y su ferviente convicción de que la libertad era el precio justo por todo, incluso por la vida misma.<sup>21</sup>

La primera campaña de Morelos fue, en principio, una lucha para asegurar armas y equipo por cualquier medio que su astucia señalara. Él no había tenido ninguna experiencia militar y carecía de los mínimos esenciales para asegurar el éxito en su empresa: hombres, armas, municiones y dinero. No conocía la Tierra Caliente y la oposición durante las tres primeras semanas, del 25 de octubre al 13 de noviembre, tuvo muy pocas consecuencias. Estos factores le ayudaron sin duda, pero el hecho de que era un líder natural tenía una significación aún mayor. Su personalidad le acercó a otros, quienes lo obedecían, por instinto.<sup>22</sup>

De Carácuaro, de acuerdo a Teja Zabre, salió con veinticinco hombres, algunas lanzas y unos cuantos mosquetones. Bustamante, sin embargo, señala que inició sus operaciones acompañado de dos sirvientes, una escopeta cuata y un par de trabucos. Sea como fuere, en

---

20 *Ibid.*, pp. 35-38.

21 *Ibid.*, p. 39.

22 *Ibid.*, pp. 41-42; Wilbert H. Timmons, *The Life of José María Morelos: The Founder*.

Zacatula, en la costa, se le unió el capitán de la milicia y cincuenta hombres armados y con esa pequeña banda marchó hacia Petatlán donde recibió la bienvenida a cargo del sargento, en ausencia del capitán, y de los milicianos allí reunidos. Este encuentro le significó cien hombres adicionales y cincuenta rifles oxidados y casi inservibles. Hasta entonces no había encontrado oposición, sólo que en Tecpan, el capitán Juan Antonio Fuentes esperaba su llegada. Si no hubiera sido por el prestigio de la familia Galeana en la zona, Morelos hubiera sido detenido de inmediato, pero Fuentes decidió recular hacia Acapulco toda vez que muchos de sus hombres habían desertado, incluyendo una compañía entera de cincuenta hombres con todo y armas. Es cierto que tenían sólo veinte mosquetones, pero le habían dado fuerza y coraje al movimiento.<sup>23</sup>

Las noticias de las victorias de Hidalgo habían llegado a los lugares más recónditos del sur, y ahora las noticias del acercamiento de uno de sus lugartenientes a lo largo de la costa iban de pueblo en pueblo. Juan Álvarez, maldiciendo su suerte que lo había hecho en la práctica un esclavo en sus propios dominios, decidió unirse a los insurgentes y pelear por su libertad personal. Tal vez para la mayoría de los hombres de Hidalgo y de Morelos el cuadro general de la opresión española no estaba muy claro en su mente. Álvarez vio en las fuerzas rebeldes que se acercaba la oportunidad de deshacerse del odiado subdelegado y recuperar sus tierras. Los indios de su nativo Atoyac habían sido incitados para unirse a Morelos. Era una chusma que, con dificultad, hubiera podido hacerse entender en español, pero lo suficientemente inteligentes para percatarse que el triunfo de esta lucha les traería beneficios y entre ellos la ansiada libertad. Un autor ha dicho que habiendo asegurado a Morelos que los indios se le unirían, se vio obligado a investigar la causa de su atraso. Entrando a un bosque tupido escuchó voces guturales. Sus soldados gritaron, “¿Quién vive?”,

---

23 Carlos María Bustamante, *Morelos*, México, 1955, pp. 10-11; Teja Zabre, *op. cit.*, p. 42.

sin obtener respuesta; pues no sólo era imposible para los indígenas entender el término desconocido y su importancia, sino que no tenían la capacidad para contestar. Reconocieron, no obstante, el peligro cuando una firme voz ordenó a los soldados abrir fuego y empezaron a gritar: “¡Santo Dios!” Entonces Morelos apuró a los flancos y con toda amabilidad les indicó que en tales circunstancias deberían contestar con la voz de “América” o “Virgen de Guadalupe”.<sup>24</sup>

Para el 9 de noviembre las fuerzas estaban en los alrededores de Acapulco, el objetivo inmediato de su misión, pero al carecer de armas de todo tipo, en especial de artillería que era indispensable para batir las murallas del viejo fuerte de San Diego, las perspectivas no parecían animar ni siquiera al más confiado de sus hombres. Sin embargo, la oposición realista había sido barrida, las armas y pertrechos decomisados y para el día doce los insurgentes habían ocupado Aguatillo, estaban listos para ir a los pequeños pueblos que formaban el semicírculo alrededor del puerto: El Veladero, La Sabana, Las Cruces, Llano Largo y el Marqués. Cuando los insurgentes intentaron tomar El Veladero se enfrentaron con las fuerzas realistas. Este fue un encuentro de tropas bisoñas en ambos lados y al primer ataque mostrándose unos a otros amenazadoramente, ambos ejércitos rompieron filas y corrieron. A los días siguientes, no obstante, centenares de desertores realistas se le unieron a Morelos y así pudo tomar algunos de los pueblos más importantes cercanos a Acapulco y cortar la comunicación de ese puerto con la ciudad de México.<sup>25</sup>

A pesar de esto, Álvarez no acompañó a los indígenas de Atoyac, que se le unieron a Morelos, pues por su origen natal, el ser hijo de un hacendado menor y el haber cursado cuatro años de escuela lo situaban en una clase privilegiada en la región de la costa. Sin embargo, con Morelos sólo a unos cuatro kilómetros decidió escapar del pesado

---

24 Teja Zabre, *Ibid.*, pp. 43-44. Este era el tipo de soldado nativo que Álvarez utilizó para hacer del sur el baluarte del liberalismo mexicano.

25 Timmons, *op. cit.*, pp. 101, 103.

yunque de su maestro y albacea de su propiedad. Dejando todas sus posesiones, salvo las armas que portaba, sus ropas en la espalda y con el caballo que montaba, galopó hasta el pueblo de San Miguel Coyuca en donde en el barrio de San Nicolás buscó a Morelos y satisfecho se enlistó como un soldado común el día 17 de noviembre de 1810.<sup>26</sup>

De inmediato, pasó a formar parte de la guardia personal de Morelos. El general, al reconocer la superioridad de Álvarez sobre sus compañeros, le asignó una difícil y peligrosa misión sólo unos cuantos días después de que el joven y fornido soldado se dio de alta en el ejército. Tendría que llevar un mensaje importante a Zacatula. Después de haber recorrido más de 500 kilómetros en regiones peligrosas, incluida la cordillera de la Sierra Madre regresó habiendo cumplido la misión en forma expedita y eficiente. Morelos en reconocimiento a su desempeño lo promovió de inmediato a sargento primero de su escolta personal.<sup>27</sup>

En el otoño de 1810, el virrey, disgustado por la posibilidad de que el fuego de la revolución pudiera convertirse en flamas en el sur y amenazar el importante puerto de Acapulco, envió al general Francisco Paris desde Oaxaca para unirse a las fuerzas realistas en aquel centro bloqueado. Sin embargo, Morelos tenía tal fuerza que soportó con éxito un ataque en La Sabana de las fuerzas realistas compuestas por Paris, Juan Antonio Fuentes y José Sánchez Pareja. Juan Álvarez estuvo en esta batalla, así como en la del Aguacatillo en la que tuvo oportunidad de demostrar su valor por primera vez.<sup>28</sup>

Después de la batalla del Aguacatillo las fuerzas patriotas se desplegaron hasta Paso Real de La Sabana donde ofrecieron tal resistencia durante diecisiete horas que sus perseguidores realistas se

---

26 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 345; Rojas, *op. cit.*, p. 1.

27 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 346.

28 Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos*, México, 1884, p. 52; Toro, *op. cit.*, p. 149.

vieron forzados a replegarse a Tres Palos, habiendo perdido un número considerable de *sureños* que desertaron. Morelos entró en tratos secretos con el capitán Mariano Tabares, uno de los oficiales subordinados de Paris, quien informado del sesgo de los asuntos en el campo enemigo, pudo por ello sorprender a los realistas la noche del 4 de enero de 1811, e infringir a sus enemigos una desastrosa derrota. El mismo Paris tuvo graves dificultades para escapar con vida. Álvarez, de nuevo, se distinguió por su bravía y fue promovido a capitán de caballería en el regimiento de Guadalupe. Numerosas fueron las hazañas valerosas de los insurgentes, pero el resultado más importante fue la captura de 609 rifles, 5 cañones, 52 cajas de equipo militar, 83 mulas de carga con provisiones, 19 de ellas con dinero e implementos de guerra. A pesar de que Morelos no participó activamente en las acciones, fue el guía espiritual detrás de la escena y por ello configuró una amenaza aún mayor al virrey y a sus asoleados defensores.

Bustamante, en un interesante comentario, narra cómo, el virrey en la *Gaceta de México* número 9, del 18 de enero de 1811, reportó estas acciones: “Que los americanos con infame cobardía, rodearon tumultuariamente el campo de Paris, después de que sorprendieron a los centinelas, apoderándose de las artillerías y caballos”. El virrey tendría amplia oportunidad en el futuro para familiarizarse con esta clase de “cobardía” y aprendería además a respetarla.<sup>29</sup>

Los intentos de Paris por restablecer comunicación con el interior fallaron miserablemente. Ahora Morelos, con una amplia gama de pertrechos con los que no había contado, decidió capturar el fuerte de San Diego.<sup>30</sup> Tan exitosas resultaron sus negociaciones con Mariano

---

29 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 346; Carlos María Bustamante, *Morelos*, México, 1915, p. 15.

30 Ellis P. Bean, quien pasó algún tiempo como prisionero en este fuerte declaró que estaba hecho de piedra, que sus paredes eran de doce pies de ancho y que disponía de cerca de cien cañones de grueso calibre. Véase Timmons, *op. cit.*, p. 102.

Tabares antes de la batalla de Tres Palos que determinó seguir una estratagema similar. Un artillero gallego, Pepe Gago, declaró estar listo para entregar el fuerte a los insurgentes, traición por la cual se le habían pagado 300 pesos. Se convino en una señal por la cual los atacantes que aguardaban sabían que las cosas marchaban a su favor y que podrían avanzar sin ser molestados. Morelos, no obstante, no estaba dispuesto a comprometer a sus hombres por la palabra de un renegado y por ello desplegó sus fuerzas de tal manera que si se trataba de un ardid sus pérdidas no fueran generales. Escogió a Juan Álvarez para ir al frente de una de las dos columnas que avanzarían en la obscuridad hacia el fuerte al recibir la señal clave. Juan, a la cabeza de sus hombres avanzó hacia el puente levadizo para recibir la rendición de la plaza, sólo que Pepe Gago en lugar de cumplir con su palabra, traicionó a los insurgentes quienes fueron recibidos por ráfagas de fuego de las baterías del fuerte complementadas por los cañoneros del puerto. Álvarez perdió casi a la totalidad de sus hombres y fue gravemente herido en ambas piernas cuando la bala de un rifle le traspasó ambas extremidades. Hubiera muerto en aquel sitio de no ser por el heroísmo del soldado Diego Eugenio Solís.<sup>31</sup> Salas, a pesar de estar herido, lo retiró del peligro llevándolo sobre su espalda. Se escenificó una desigual batalla por espacio de dos horas y era tal la intensidad del fuego, que las horas más tempranas de la mañana, parecían tan claras como las horas del mediodía. Los patriotas heridos que se escondieron en el foso con la esperanza de salvar sus vidas, al siguiente día fueron rodeados y asesinados. La inesperada traición originó gran desorden entre los

---

31 Salas, de acuerdo a Luis González Obregón en *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención* tenía exactamente la misma edad de Álvarez y era uno de los hijos sirvientes del padre de Álvarez; los dos chiquillos habían sido compañeros desde su infancia. Bancroft señala que Morelos dividió a sus atacantes y formó dos grupos bajo el mando de Elías Bean y Ávila. Es muy probable que Álvarez haya sido comisionado por Ávila para encabezar el ataque y que no haya sido el líder de una de las dos compañías como sus biógrafos han expresado. Véase Bancroft, *op. cit.*, t. IV, p. 301, también la información del norteamericano Elías Bean.

hombres de Morelos y de no haber sido porque don José María, en persona, bloqueó el camino en Ojo de Agua la huida se hubiese convertido en un problema aún más grave.<sup>32</sup>

Por su valentía en las acciones de esta batalla Juan Álvarez recibió el rango de coronel del regimiento de Guadalupe, cuando apenas contaba veinticinco años de edad. Morelos retiró a sus hombres de las alturas de Las Iguanas y sitió el fuerte. Mientras él mismo se retiró a Tecpan para recuperar su salud y dejó al coronel Francisco Hernández a cargo de los sitiadores, haciéndole la recomendación expresa de darle la mayor atención a Álvarez para que se recuperara de inmediato. Hernández atendió estas indicaciones religiosamente y en un mes Álvarez estaba convaleciendo.<sup>33</sup>

La imposibilidad de Morelos de detener el flujo de suministros a la guarnición de Acapulco y al mismo tiempo para impedir que las fuerzas realistas interceptaran su propia fuente de aprovisionamiento hizo que su situación resultara muy precaria. Debido a esto interrumpió el sitio de Acapulco y marchó con la parte principal de su ejército hacia el norte. Fuentes, el comandante realista en el sur, sabiendo que Morelos iría a reunirse con los Bravo, tomó la decisión de realizar cualquier esfuerzo con tal de aplastarlos. Envío una expedición sorpresiva al frente de la cual iba don Lorenzo Garrote, a Chichihualco, la hacienda de los Bravo, con el propósito de capturar, vivos o muertos a los integrantes del formidable trío, Leonardo, Miguel y Víctor Bravo. Morelos se detuvo en la pequeña hacienda de La Brea, situada en el promontorio de la cordillera de la Sierra Madre en las inmediaciones de Acapulco, para proteger su retaguardia y contener a Fuentes el tiempo necesario para que los Bravo estuvieran preparados para enfrentar a sus enemigos. Juan Álvarez estaba con Morelos y tal vez

---

32 Bustamante, *op. cit.*, p. 16; Rojas, *op. cit.*, p. 2; Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 346; Timmons, *op. cit.*, p. 105.

33 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 347.

por primera vez visitó la famosa hacienda que se convertiría en propiedad de su familia y baluarte del liberalismo en el sur. Recupera su fortaleza y pronto estaría listo para las acciones agitadas que le esperaban en Tixtla.<sup>34</sup>

Garrote llegó a Chilpancingo el 21 de mayo, y de inmediato, barrió la resistencia de pequeñas bandas de insurgentes, mientras tanto, Hermenegildo Galeana y los Bravo fueron informados de su cercanía y reunieron a sus hombres. Galeana encontró a sus sureños bañándose en el río y sin darles tiempo de vestirse los lanzó hacia las tropas de Garrote. Este último, asombrado por la presencia de los centellantes y oscuros cuerpos y asustado por los gritos de guerra de “¡Galeana!” “¡Galeana!” rompió filas y huyó, dejando abundantes pertrechos y dinero en manos de los insurgentes victoriosos. Los hombres de Garrote no esperaban encontrar una fuerza tan considerable y al tener la única instrucción de tomar como prisioneros a los Bravo, desconocían que Galeana había llevado, en secreto, a sus hombres hacia las pequeñas montañas más allá de la hacienda de los Bravo. Las fuerzas remanentes de Garrote se dirigieron a Tixtla, mientras Morelos ocupaba Chilpancingo el día 24 de mayo sin encontrar oposición para ser alcanzado por los Bravo, incluyendo a Nicolás, el hijo de don Leonardo.<sup>35</sup> Tixtla cayó ante Morelos, el 26 de mayo, después de seis horas de dura batalla y dio a los insurgentes ocho cañones y doscientos mosquetones.

Después de dos meses de estar en Tixtla, un día, la mayor parte de los hombres de Guerrero fueron a atender una festividad religiosa en Chilpancingo, dejando a Hermenegildo Galeana como comandante. Con él se encontraba Juan Álvarez, quien ya se había recuperado de las heridas recibidas meses antes. A sólo cuatro leguas del campamento de don José Antonio Fuentes quien había llevado una fuerza bien dotada hacia el norte de Acapulco.

---

34 *Ibid.*, p. 347; Timmons, *op. cit.*, pp. 106-107; Bustamante, *op. cit.*, p. 49.

35 Toro, *op. cit.*, p. 151; Teja Zabre, *op. cit.*, pp. 49-450; Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 347; Bustamante, *op. cit.*, p. 21.

Fuentes, al ser informado de que la mayoría de los insurgentes habían ido a Chilpancingo, decidió que era el momento para lanzar un ataque. Lo hizo con tal celeridad que sus hombres llegaron a los suburbios incendiando y saqueando antes de que Galeana pudiera hacer algún movimiento. Con premura, envió un mensaje a Morelos quien se hallaba a doce leguas y preparó a sus hombres para el ataque. Por dos días el destino de los insurgentes quedó en manos de Galeana, quien acosado por una lucha incesante estaba a punto de rendirse. Álvarez, no obstante las circunstancias desfavorables, se comprometió incluso a costa de perder a todos sus hombres antes de rendirse, asegurando repetidamente que Morelos estaba por llegar. De pronto, Galeana, con renovado vigor, envió a Álvarez a detener una columna enemiga que trataba de penetrar en las defensas internas del pueblo. No sólo los hizo retirarse, mostrando su acostumbrada mezcla de serenidad y valor, sino que tuvo tal éxito que destruyó a la mayoría, aun cuando el encuentro, para él en lo personal, fue casi fatal. Sangrando de nueve heridas, cayó a tierra una vez más, para ser rescatado y salvado por sus nobles compañeros.

Dos horas más tarde llegó Morelos y atacó duramente al flanco derecho de los realistas de tal manera que Fuentes, entre dos fuegos, ordenó la retirada, que se llevaba a cabo con todo orden hasta que una lluvia tropical mojó la pólvora de los soldados que huían y Morelos con su mirada experimentada y llena de oportunidad ordenó el ataque de degüello. La huida se volvió un desastre y la caballería insurgente se fue a la carga hacia las planicies de Amula “como lobos sobre un rebaño de ovejas”. Muy pronto el pequeño *arroyo*<sup>36</sup> de Xoxtecoapan estaba rojo de sangre. En un solo sitio 200 realistas perecieron y los lanceros rebeldes persiguieron a los sobrevivientes hasta las puertas de Chilapa, tomando 800 prisioneros y un buen suministro de armas y municiones que mucho necesitaban.<sup>37</sup>

---

36 N. del t. Así en el original.

37 Pérez y Hernández, *op. cit.*, pp. 347-348; Bustamante, *op. cit.*, pp. 24-25; Bancroft, *History of Mexico*, t. IV, p. 304.

Morelos se mantuvo informado del estado de Álvarez y mostró su aprecio a la conducta del joven guerrero, tanto en el consejo que le dio a Galeana como en el campo de batalla al hacerlo teniente coronel.<sup>38</sup>

Fue Nicolás Bravo quien llevó sus fuerzas hasta Tlapa después de la ocupación de Chilapa, y allí los insurgentes tuvieron la satisfacción de ver a Pepe Gago entre los prisioneros. Con él estaba su cómplice José Toribio Navarro, quien con Gago recibió 200 pesos antes de la traición de Acapulco para reclutar insurgentes en la costa. Los dos hombres fueron ejecutados sumariamente como traidores.<sup>39</sup>

Morelos de nuevo en su cuartel de Tixtla escribió al general Ignacio Rayón el 18 de agosto de 1811 y le relató la heroica conducta de sus hombres en el desigual combate en contra de hombres muy bien armados y en algunos casos veteranos de la península. Como indicación de su confianza en La Providencia citamos lo siguiente:

El día de hoy se comenzarán algunas misas con salva de artillería por la victoria conseguida; lo participo a V.E. para que nos acompañe el regocijo y dé gracias al Sr. de los Ejércitos que tanto nos protege y nos seguirá protegiendo, si tenemos fe como un grano de mostaza y nos conducimos con un buen gobierno y buenas intenciones.<sup>40</sup>

Álvarez se recuperó pronto de sus heridas y para septiembre fue enviado a ocupar el pequeño poblado de Pie de la Cuesta a pocos kilómetros de Acapulco, puerto que con ayuda de los soldados estacionados en El Veladero se había mantenido bien vigilado. Para Morelos éstos eran los apacibles días de la revolución en el sur de una campaña de nueve meses en que había destruido o hecho retroceder a todas las fuerzas realistas, entre la costa del Pacífico y el río Mezcala. El gobierno virreinal sostenía la única plaza de Acapulco, y Morelos

---

38 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 348.

39 Bustamante, *op. cit.*, p. 25.

40 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 348.

únicamente esperaba el momento reforzándose para tomar esta plaza de acuerdo al plan general de Hidalgo. La noticia de que Hidalgo había muerto el 30 de julio de 1811, no la compartió con sus hombres para evitar que perdieran ánimos en su lucha a muerte contra sus poderosos enemigos.<sup>41</sup>

La ocupación de la región de la costa alrededor de Acapulco en los primeros días de la campaña de Morelos restableció automáticamente a Álvarez de sus posesiones, aun cuando su involucramiento en las operaciones militares lo mantenían alejado de atenderlas como hubiera deseado. Tal vez fue su deseo de ver por sus intereses lo que motivó que fuera transferido a la población de Tixtla al sur de Acapulco. También pudo haber sido por razones sentimentales. Por algún tiempo había cortejado a Faustina Benítez, vecina de Coyuca. Coyuca es un pequeño poblado situado a corta distancia de Acapulco. Si ocupó este lugar con gusto o si seguía pasando malos ratos por culpa del subdelegado es una cuestión discutible, lo que es cierto es que en su nueva localización encontró tiempo para actividades extramilitares. Bajo la luna tropical, Juan aseguraba tiernamente que con él la vida tendría para la costeña todo lo que hubiera imaginado en sus más fervientes sueños; sería la gran dama de la magnífica casa de una gran hacienda; la orgullosa madre de una numerosa prole y tal vez la mujer del general. En poco tiempo todo sería maravilloso tan pronto los miserables gachupines fueran arrojados del país. Lo que hubiera dicho o donde hubiera estado es lo de menos, pues Juan fue un magnífico amante y pronto Faustina estaba a su lado, para permanecer durante toda la guerra de independencia, apoyándolo con su constancia, con su estoica actitud frente a la adversidad, y con su consejo ayudándolo a que mantuviera su firme resolución tomada “para sacrificarse el todo por la independencia y la libertad de la patria”.<sup>42</sup>

---

41 Toro, *op. cit.*, pp. 140, 152-153; Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 348.

42 Rojas, *op. cit.*, p. 1.

Álvarez ocupó el punto más seguro, el Pie de la Cuesta,<sup>43</sup> durante treinta y tres meses, peleando contra la guarnición realista de Acapulco y resistiendo los esfuerzos del enemigo por hacer comunicación por tierra con el interior. Aquellos meses fueron testigos del nacimiento de su hijo Diego en Coyuca, el poblado natal de su esposa, un villorrio a poca distancia de Acapulco. Vieron que la fortuna les sonreía al grado de que el 29 de agosto de 1812 pudo pagar 1,000 pesos al ejército insurgente, de sus propios fondos, acto que consta en su hoja de servicio y que, como Rojas afirma, “una distinción que tal desinterés merecía”.<sup>44</sup>

Su promoción a coronel llegó el 30 de noviembre de 1812 después de su acto generoso, que un crítico poco amistoso asoció los dos eventos de manera por demás ruin. Sólo que la rapidez con que obtuvo sus otras promociones comprueban que sus servicios eran tenidos en alta estima por Morelos y una recompensa por su fidelidad y conducta singular.<sup>45</sup>

No obstante, resulta poco común para alguien tan joven haber ascendido a semejante rango incluso en aquellos días de ascensos. Lo anterior lo comprueba la afirmación de un testigo del sitio de Cuautla quien relata que un tal Pinzón era sólo un soldado raso mientras que Juan Álvarez era ya coronel. Se refiere al grado de teniente coronel de Álvarez. El rango de coronel hubiera merecido un comentario más enérgico.<sup>46</sup>

---

43 Héctor López Mena en el *Diccionario geográfico, histórico, biográfico y lingüístico del Estado de Guerrero*, México, 1942, señala que Álvarez se fortificó en el Pie de la Cuesta el 20 de agosto de 1811, pero se trata evidentemente de una afirmación errónea pues las heridas recibidas en Tixtla el día 17 se lo hubieran impedido si es que fueron, como fue el caso, de consecuencia.

44 Rojas, *op. cit.*, p. 2; Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 348.

45 Rojas, *op. cit.*, p. 2.

46 Felipe Benicio Montero, “Historia del sitio de Cuautla”, en *Morelos, Documentos inéditos y poco conocidos*, México, 1927, t. I, p. 205.

Se puede conjeturar que de haber tenido Álvarez el rango al final de la guerra de independencia, su benefactor y amigo Morelos no hubiera llegado al fin que la vida le deparaba. Sólo su edad le impidió seguir escalando rangos durante la época de Morelos. Álvarez se unió a las fuerzas insurgentes antes de Vicente Guerrero, quien se unió a Morelos el 12 de diciembre de 1810, y antes que los Bravo, quienes salieron de su guarida para unirse abiertamente a las fuerzas insurgentes antes de la batalla de Tixtla en mayo de 1811. De cualquier manera, el coronel Juan Álvarez tenía un futuro promisorio.<sup>47</sup>

Mientras mataba el tiempo ante Acapulco no había cesado la actividad en el norte. Las fuerzas de Morelos habían resistido 72 días de sitio a manos de Calleja, proeza que resulta para muchos historiadores, la más gloriosa de la historia militar mexicana; sobrevivieron a los horrores de la inanición; al mostrarse más listos que el general realista y escapando del anillo de acero que formó, sacrificando en el rompimiento centenares de soldados costeños mal equipados. Don Leonardo Bravo cayó en manos de los realistas después de escapar de Cuautla, cuando inconsciente entró en la hacienda del archirrealista don Gabriel Yermo. Tan alto era su precio que el virrey rechazó intercambio por 800 prisioneros detenidos por Morelos. El virrey ordenó su ejecución después de descubrir que don Leonardo no haría nada por persuadir a sus compañeros de deponer las armas; y Nicolás Bravo creará una imperecedera reputación por su generosidad y bondad al liberar a 300 hombres que Morelos le envió para su ejecución en represalia por la muerte de su padre. Orizaba y Oaxaca cayeron en manos de los insurgentes con una inmensa cantidad de armas, municiones, ropa y comida, para no mencionar el número de prisioneros que los realistas tenían cautivos. Ahora Morelos restañaba sus heridas pensando en otro campo donde demostrar su poder.<sup>48</sup>

---

47 "Diario de los sucesos políticos y de guerra de la independencia, 1810-1814", en *Morelos, Documentos inéditos y poco conocidos*, t. I, p. 205; Bustamante, *op. cit.*, p. 20.

48 Timmons, *op. cit.*, pp. 179-192; Hubert Howe Bancroft, *History of Mexico*, San Francisco, 1885, t. IV, p. 472; Bustamante, *op. cit.*, pp. 48-124, 153-159, 235-262.

Su mente volvió al objetivo original de su primera campaña: Acapulco. Este era el precio que valía cualquier esfuerzo, pues estando en manos de los realistas y con el suministro de pertrechos, llegando por mar no había posibilidad de consolidar la paz en el sur. Tomaría Acapulco y le daría otro golpe al virrey. Los Bravo podían proteger su flanco y custodiar el lecho del Balsas. Él dirigiría la expedición. De esta manera hizo planes para la “gloriosa pero inútil” empresa tal y como la describe Bustamante.<sup>49</sup>

Oaxaca había caído el 25 de noviembre de 1812 y Morelos hizo de ella su cuartel general por casi dos meses y medio mientras el territorio del Departamento de Oaxaca quedaba bajo el control de Miguel y Víctor Bravo. En el Istmo, Vicente Guerrero avanzaba en contra de la resistencia realista, mientras en el norte Eugenio Montañón había capturado Tlaxcala y se dirigía a Puebla. Morelos organizó un arsenal a cargo de Manuel Mier y Terán, buscó y entrenó nuevas unidades de la milicia, proporcionó a sus soldados una sólida base financiera, y crea un ayuntamiento para gobernar Oaxaca y nombra a José María Murguía como intendente de la provincia. Él y sus hombres habían reafirmado su lealtad a la Junta Suprema y sus ojos veían hacia Acapulco.<sup>50</sup>

La toma del puerto de las manos de los realistas se volvió una cuestión de honor para Morelos. Era una de las comisiones más importantes que le había encomendado Hidalgo y todavía tenía resquemores de la repulsa que sufrió en 1810. Podría decirse que su autoestima lo llevó a una campaña que los historiadores han considerado como extremadamente torpe, en virtud del hecho de que le tomaría tiempo y le daría a sus enemigos la oportunidad de reforzar y rehacer sus menguadas fuerzas, mientras que en el largo plazo le daría a los insurgentes muy pocas ventajas.<sup>51</sup>

---

49 Bustamante, *op. cit.*, p. 266.

50 Timmons, *op. cit.*, pp. 211-213.

51 *Ibid.*, pp. 214-215.

El 9 de febrero de 1813, dejó Oaxaca y partió hacia Acapulco con 3,000 hombres y a través de Ometepepec llegó a los alrededores y rodeó el puerto por la parte de tierra firme. Para mediados de abril la ciudad había caído junto con los fuertes de El Padastro y El Hospital. Sin embargo, el Fuerte de San Diego, guarnecido por 334 hombres, que incluía 59 artilleros, era el mayor obstáculo, dado que su comandante el capitán Pedro Antonio Vélez no era fácil de intimidar y podía contar con provisiones que llevaban por mar. Morelos pensó en sitiar el fuerte, pero la escapada de la goleta Guadalupita prolongó la campaña hasta el punto en el que el líder insurgente decidió tomarlo por ataque. Viendo cuáles eran las intenciones de Morelos, Vélez capituló el 19 de agosto de 1813 y la bandera insurgente ondeó sobre el codiciado mástil.<sup>52</sup>

El 20 de agosto de 1813, Morelos le escribió al subdelegado José Rodríguez en relación a la captura de Acapulco y del Fuerte de San Diego señalándole que gracias a Dios, este dragón infernal fue derrotado y la conquista del sur asegurada. El dragón le dio sus claves: 407 mosquetones, 50 sables, 35 machetes, 146 lanzas, 50 cajas de pólvora, 80 piezas de artillería, 20,000 balas de cañón, provisiones, banderas y 200 prisioneros. Al día siguiente, los oficiales de ambos ejércitos comieron juntos y Morelos pronunció su famoso brindis: “Viva España hermana y no dominadora de América”.<sup>53</sup>

Bancroft resume este “éxito” de Morelos con las siguientes palabras que expresan el sentimiento de muchos otros estudiosos de la historia de México sobre este particular:

Este fue el origen de la mala suerte para Morelos. El tiempo que dedicó a la captura de Acapulco –desde principios de febrero hasta el fin de agosto– le dio a Calleja una ventaja de siete meses, los mejores del año para sus propias operaciones, permitiéndole llevar sin oposición todos sus planes –destruir a los

---

52 Timmons, *op. cit.*, pp. 216-222; Vito Alessio Robles, *Acapulco en la historia y en la leyenda*, México, 1948, pp. 137-150; Teja Zabre, *op. cit.*, pp. 117-121.

53 Morelos, *Documentos inéditos y poco conocidos*, t. II, p. 142; Teja Zabre, *op. cit.*, pp. 121-122; Alessio Robles, *op. cit.*, p. 150.

más temidos jefes revolucionarios en el norte y después unir sus fuerzas en el sur-. La captura de un solo puerto de mar difícilmente pudo compensar todo esto.<sup>54</sup>

Álvarez estaba en su estación en el Pie de la Cuesta durante el sitio de Acapulco y después de la capitulación recibió órdenes de fortificar la cima de El Veladero, en la vecindad inmediata y uno de los mejores puntos sobre la ciudad. Este lugar lo ocupó hasta el 4 de abril de 1811, cuando recibió nuevas órdenes de hacerse cargo de su destacamento en su viejo puesto: el Pie de la Cuesta.<sup>55</sup>

Mientras tanto, fue testigo del decaimiento de la moral insurgente y de su fuerza debido a la mala administración y a la ineficiencia. Enfermedades en la guarnición, la escasez de comida era muy seria y el armamento inadecuado. Por entonces llegaron noticias de los desastres que habían acompañado a las fuerzas de Morelos ante Valladolid, la derrota en Puruarán y la muerte de Matamoros. Eran tiempos de lóbreguez para los patriotas, desgarrados por luchas internas y los celos, pero Álvarez se mantuvo firme en su lealtad a Morelos y en su convicción de que todo saldría bien.

Las fuerzas realistas, bajo las órdenes de Armijo, casi capturan a Morelos y al Congreso en Tlacotepec. El venerable cuerpo había huido a Michoacán mientras el infeliz general continuaba su camino hacia Acapulco. En Tecpan se encontró con su noble apoyo, Galeana, muy desalentado por el momento por la ineptitud del congreso y por las condiciones de la causa insurgente, en general. Juró que estaba listo para regresar a la granja y olvidar todo, pero Morelos le pronunció palabras de ánimo y continuaron hacia Acapulco. Allí anunció que el congreso había decidido abandonar el puerto y reducirlo a cenizas.

Armijo avanzaba sin cesar hacia la ciudad y Morelos se retiró a Pie de la Cuesta y ordenó a Montes de Oca que pusiera una antorcha en

---

54 Bancroft, *History of Mexico*, *op. cit.*, t. IV, p. 551.

55 Rojas, *op. cit.*, p. 2; Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 348.

todo aquello que pudiera incendiarse. Esto sucedió el 9 de abril<sup>56</sup> y “días después Armijo llegó para encontrar el puerto en cenizas y Morelos huyendo hacia Tecpan”. Había dejado a Galeana y a Álvarez a cargo de los puntos fortificados en las inmediaciones de la ciudad para cubrir su retirada. Álvarez estaba en Pie de la Cuesta.<sup>57</sup>

Nada detenía al triunfante Armijo quien luego desalojó a Álvarez y a Galeana de las fortificaciones y se preparaba para darse un infame nombre en esa región. Trabajando en estrecha armonía Galeana y Álvarez contribuyeron, no obstante, a hacer la vida insoportable a las fuerzas realistas; atacan pequeños grupos que se aventuraban a acercarse y queman los pertrechos realistas, en especial en las cercanías de Coyuca. El día 27 de junio trajo malas noticias para la causa insurgente, pues ese día Galeana, al huir con sus hombres se golpeó la cabeza con la rama de un árbol y cayó inconsciente al suelo. Antes de que pudiera ser rescatado, las tropas enemigas lo encontraron, le cortaron la cabeza y la enviaron a su comandante. Allí, en la plaza de Coyuca, la cabeza de Galeana fue exhibida como advertencia a todo aquel que osara resistir el creciente poder de la victoria.<sup>58</sup>

Del momento de la derrota sufrida ante Armijo el 15 de abril de 1814 hasta el fin de la guerra, la vida de Álvarez fue la de un soldado guerrillero. Había perdido todas sus pertenencias, 35,000 pesos conforme a Rojas, y se vio obligado a vivir en los alrededores de montañas y bosques sufriendo hambres y toda clase de penalidades. Por esta época también empezó su lucha sin cuartel contra los españoles, quienes lo perseguían implacablemente como si fuera un animal salvaje. Lo llamaban “El Gallego”, nombre muy popular entre sus patriotas seguidores y que hacía temblar a los españoles. Sus tropas, si bien estaban reducidas durante esta época, eran tal y como el líder, fanáticos seguidores de la libertad. Muchas veces se alimentaban

---

56 Timmons, *op. cit.*, pp. 418-1437.

57 Carlos María Bustamante, *Cuadro histórico*, México, 1844, t. III, pp. 72-73.

58 *Ibid.*, pp. 78-83.

durante días comiendo de pie. Sus armas se redujeron a palos y mazos, y sus sufrimientos eran indescriptibles mientras trataban de mantener viva la llama de la libertad. Su lucha recuerda la otra gesta heroica, siglos antes cuando aquellos valerosos guerreros lucharon y murieron en las escarpadas montañas de Asturias bajo la orgullosa bandera de don Pelayo, y que inspiró el movimiento que libertaría al país de la dominación de los moros. De igual manera, hombres como Vicente Guerrero, Guadalupe Victoria y Juan Álvarez se mantendrían en la dura batalla, pelearían con esperanza hasta el día en que el odiado *gachupín* hubiera sido expulsado de su amada tierra. Se trataba de una cruzada, de una empresa sagrada, santificada por la memoria de Hidalgo, Matamoros, Morelos, Leonardo Bravo, Hermenegildo Galeana y una pléyade que dieron hasta lo último que tenían en pos de una causa que representaba para ellos algo más que la vida misma.<sup>59</sup>

La única defensa que tenían era la de su maestro ante la escuadra de ejecución: “Señor, si he hecho bien, Tú lo sabes; si he hecho mal a tu infinita misericordia encomiendo mi alma”.<sup>60</sup>

A partir de la muerte de Galeana, Morelos ascendió a Vicente Guerrero al rango de coronel. Guerrero hacía campaña al mismo tiempo en los alrededores de Acapulco y estaba muy vinculado a Juan Álvarez en vicisitudes que ocurrieron entre ambos y que sellarían para siempre la profunda amistad que caracterizaría sus relaciones. En ese tiempo ambos eran coroneles y, con la decisión de Juan Nepomuceno Rosains de aceptar el perdón, el otoño de 1815 los encontró sin tener un oficial superior. En marzo de 1816, un grupo restante de líderes patriotas le confirmó a Guerrero el título de “general”. Puede haber sido que el hecho de tomar don Vicente bajo su responsabilidad la de proteger al congreso y conducirlo a salvo hasta Tehuacán le hubiese dado cierto prestigio sobre Álvarez. También, que la edad fuera el factor

---

59 Rojas, *op. cit.*, pp. 2-3; Fulgencio Vargas, *La insurrección de 1810 en el Estado de Guanajuato*, México, 1909, p. 138.

60 Bancroft, *History of Mexico, op. cit.*, t. IV, p. 662.

determinante en la ventaja que tomó sobre su amigo. De cualquier forma, desde 1816 en adelante, Guerrero fue reconocido como el líder insurgente en el sur. A pesar de que se cumplieron dos años hasta que recibió el título oficial, nunca encontró a nadie más leal que a Juan Álvarez.<sup>61</sup>

Guerrero vivió los primeros días de 1816 ayudando a su amigo Álvarez en la lucha contra los realistas guarnecidos en Dos Arroyos, La Sabana y Coyuca. Se trataba de una guerra de atacar y correr, pues los peninsulares eran fuertes y los insurgentes débiles, sin suficiente comida, en ocasiones sin armas y siempre a la defensiva en el sentido de que al acercarse cualquier fuerza de dimensiones considerables tenían que huir a las montañas. En el otoño de 1816, Apodaca, el nuevo virrey, revivió la política de otorgar amnistía, que fue aceptada por miles, debilitando con ello la fuerza de los insurgentes al grado de que Guerrero pronto sufrió varios reveses. Juan Álvarez también resintió los efectos de las medidas en las cercanías de Zacatula, donde fungía como comandante militar. Sin embargo, nada redujo su valor, fidelidad y patriotismo.<sup>62</sup>

Aun cuando a veces lo abandonaba, la naturaleza estaba de su lado. Un escritor, años después, describe las condiciones que el invasor de esas regiones tenía que enfrentar:

En aquella región del país la naturaleza ha brindado todos sus tesoros y sus plagas. La vegetación es verdaderamente fabulosa: las más deliciosas frutas, las más variadas flores, las más extrañas maderas... el más rico y fértil suelo lleno de ríos y montañas... pero un clima abrasador, toda la gama de reptiles venenosos que ahuyentan a los habitantes. Los caminos son simples veredas entre montañas rodeadas de precipicios tan profundos que la vista no los alcanza. Estas razones hacen al sur un lugar invencible, pues ninguna táctica ni todo el valor posible pueden vencer un clima mortal que diezma ejércitos en unos cuantos días, los debilita con calor y que le opone las condiciones

---

61 William Forrest Sprague, *Vicente Guerrero, Mexican Libertador*, Chicago, 1939, pp. 23, 26 y 27.

62 *Ibid.*, p. 29; Sosa, *op. cit.*, p. 53.

geográficas a cualquier maniobra militar. La guerra en el sur está fuera de cualquier regla del arte.<sup>63</sup>

Francisco Javier Mina apareció en escena para dar momentos de esperanza a los insurgentes, aun cuando pronto cayó en manos del terrible enemigo y dio su joven vida a la causa de la libertad. Don Nicolás Bravo fue capturado el 22 de diciembre de 1817 y la mayor parte de los hombres de Guerrero lo habían abandonado. La Junta de Jaujilla fue sorprendida y tres de sus integrantes capturados. Mientras se limitaban los esfuerzos de los insurgentes, Guerrero fue seleccionado como general en jefe de los ejércitos del sur y, con la eliminación de Rayón y de Victoria, resultaba ser la cabeza de todo el movimiento revolucionario. El título no le hizo dejar de padecer, en ocasiones, la suerte del soldado común. En abril de 1818, al huir de sus perseguidores se vio impelido a tener que comer su propio perro mascota lo que evitó que muriera de inanición. No obstante, en la costa occidental había ayuda: Juan Álvarez estaba atrincherado en el delta del río Balsas con 300 hombres, enfrentando al general realista Gabriel Armijo. Para esto Guerrero había desaparecido con unos cuantos seguidores sólo para descubrir que Armijo había arrojado a Álvarez y a Pablo Galeana de su fortaleza después de varios días de lucha y que se habían retirado a un lugar seguro. Los dos amigos unieron sus fuerzas y en diciembre infringieron a los realistas dos reveses decisivos.<sup>64</sup>

Con inquebrantable tenacidad, Álvarez rehusó a ser arrojado fuera de Zacatula, región que comandaba, establece sus cuarteles generales primero en el pueblo de La Unión, después en Orilla y Acalpica y otros, conforme la presión lo obligaba a cambiar; hasta agosto de 1819, encontró la manera de entrar a la provincia de Tecpan y forzar a sus enemigos a refugiarse en Acapulco. Doce batallas peleó contra los realistas en su territorio. No todas fueron victoriosas, pero su presencia,

---

63 "El Sur", en *La Sociedad*, México, 5 de enero de 1858.

64 Sprague, *op. cit.*, pp. 31-37.

una amenaza constante para los invasores, los dejaba preocupados día y noche.<sup>65</sup>

La formación del Congreso, la formulación de la Constitución, la conmovedora unión de los ejércitos de Guerrero e Iturbide y el desarrollo del Plan de Iguala fueron acontecimientos en los que Álvarez tuvo reducida o nula participación. Cuando el segundo “Grito de Independencia” fue dado por Iturbide en Iguala, Álvarez estaba al frente de cerca de 300 hombres que utilizó en el sitio de Acapulco, que se extendió aún después de que las esperanzas de los realistas se hicieron pedazos con el Tratado de Córdoba celebrado entre Iturbide y el general Juan O’Donojú, el 24 de agosto de 1824. Las condiciones exigían el traslado de sus hombres a la Costa Chica antes de que Acapulco capitulara y allí tuvo cinco encuentros más con las fuerzas realistas, ganando sólo la última batalla que era la que realmente importaba.

El 5 de octubre de 1821, el general Montes de Oca comisionó a Álvarez para recibir la rendición de la guarnición y fuerte de Acapulco. Así lo hizo con honor y en forma satisfactoria el 15 del mismo mes y permaneció como jefe de la guarnición hasta agosto de 1822, cuando se aseguró la independencia del país. Entonces solicitó permiso para retirarse a la vida civil, pero el gobierno desechó su petición y decidió continuar utilizando sus servicios, y lo nombró comandante de Acapulco y gobernador de su fuerte.<sup>66</sup>

Álvarez observaba a Iturbide y su plan de independencia, y se dio cuenta de que su consumación fue como lo señaló Altamirano: “un movimiento político que no resolvió ningún problema social”. Su vida entera se vería afectada a partir de este momento por el hecho de no haber puesto sus armas a disposición del “Libertador” como lo hicieron muchos oportunistas. El maestro Altamirano, al referirse al Plan de Ayutla, afirmó:

---

65 Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 349; Rojas, *op. cit.*, p. 3.

66 Sprague, *op. cit.*, p. 46; Sosa, *op. cit.*, p. 53.

Como el general Álvarez, caudillo de la revolución y jefe del ejército que tomó el nombre de “Restaurador de la Libertad” no pertenecía al ejército iturbidista y era de los pocos patriotas de la primera época de la independencia, que había sido visto siempre con animadversión por los hombres de 1821, no tenía adictos en el ejército de Santa Anna, compuesto enteramente de éstos o de sus criaturas.<sup>67</sup>

Todo parecía indicar que Álvarez estaba predestinado a tener que “bailar con la más fea”.<sup>68</sup>

---

67 Ignacio M. Altamirano, *Historia y política de México, 1821-1882*, México, 1947, pp. 77-78.

68 N. del t. En el original: “to kick against the pricks”.